

Vida Internacional

ENTRE ARGEL Y MIAMI

Lo ocurrido con la sublevación del ejército francés en Argelia es, en cierto modo, similar a la fracasada invasión de Cuba por los opositores a Castro: ambas empresas sólo podían tener éxito en la medida en que determinaran una acción rápida y eficaz en su favor dentro del territorio del enemigo.

Los 1.500 a 2.000 hombres (parece que no fueron más) que invadieron Cuba no tenían esperanzas de vencer por sí solos a los 30.000 soldados del Ejército Rebelde y a los 250.000 milicianos de Fidel Castro. Su llegada a la isla debía ser la señal para una insurrección ciudadana y dar oportunidad a la desertión en masa de las milicias. Si ello no se producía dentro de las 48 horas siguientes al desembarco, todo estaba perdido.

Paradójicamente, tenía que ocurrir lo mismo con la sublevación de los 500.000 soldados franceses destacados en Argelia con respecto a los 250.000 que quedaban en Francia y con todo el aparato político y administrativo de la metrópoli. La acción de estos otros "cuatro generales" debía desempeñar el papel de un detonador de la que ellos creían inmensa carga del sentimiento nacional francés por el "abandono" de Argelia y la "traición" del gobierno. Pero en menos de cien horas todo estaba consumado y quedaba probado cuánta razón tenía De Gaulle al decir en su alocución al pueblo francés con ocasión de asumir los plenos poderes para enfrentar la emergencia: "Este poder ofrece una apariencia, la de un grupo de generales en retiro, pero posee una realidad, la de un núcleo de oficiales sectarios, ambiciosos y fanáticos. Este grupo y este núcleo poseen una capacidad limitada y expeditiva, pero sólo vislumbran la nación y el mundo a través de la deformación de su frenesí".

Los prisioneros que Fidel Castro ha hecho comparecer ante la televisión han declarado que creían que el pueblo cubano se rebelaría con la sola noticia de su llegada a las playas de la isla. Sin esa creencia su acción era una locura. El propio Castro y sus compañeros del "Granma" emprendieron la expedición de 1956 contando con las sublevaciones que el movimiento del 26 de julio desencadenaría contra Batista y con la campaña psicológica previa, según la cual ése sería el año de la liberación. La reciente invasión ordenada por el Consejo Revolucionario se hizo sobre la base de un gravísimo error de apreciación del estado de la opinión pública o del ánimo colectivo cubanos y ha sido prematu-

ra, o falló la indispensable coordinación del frente interno con la acción desde el exterior. Sin perjuicio de que hayan concurrido las dos causas, parece que la primera fue la determinante y en estos momentos están sujetos a revisión o crítica los propios organismos norteamericanos encargados de seguir y evaluar la evolución de las reacciones cubanas ante la dictadura de Castro.

Se ha informado que el gobierno francés se alcanzó a enterar, a última hora, del estallido insurreccional en Argel y a tomar algunas medidas que pudieron ser decisivas. Es posible, con lo cual habría quedado fuera de acción el resorte maestro del plan: el golpe en la misma metrópoli, donde existían diversas organizaciones semi o paramilitares organizadas para un "putsch".

Aun sin este golpe, la sublevación militar en Argelia podría haber logrado su objetivo si hubiese estallado en el momento psicológico oportuno. Quizá una de las mayores habilidades de De Gaulle haya sido la de dirigir el curso de los acontecimientos en forma de que nunca se haya producido, en forma neta o dramática ese momento psicológico. Cuando más pudo temerse que el ejército llevara a cabo un pronunciamiento fue, tal vez, antes que, a comienzos de este año, el 75% de los votantes franceses aprobaran la política de De Gaulle de reconocer efectivamente el derecho de los argelinos a la autodeterminación y dar pasos necesarios a la constitución de una "Argelia Argelina" independiente de Francia. Después del referendun, con la abrumadora mayoría del pueblo francés accediendo a la independencia de Argelia y esperando con un suspiro de alivio las inminentes negociaciones, con un nuevo gobierno norteamericano y una atmósfera internacional general favorable a los argelinos, los militares partidarios de un pronunciamiento nadaban contra la corriente del tiempo y de los hechos. En la misma Francia se produjo un relajamiento después de la tensión anterior al referendun.

Sin embargo, subsistía el problema para un grupo numeroso de la oficialidad destacada en Argelia, ese que De Gaulle ha llamado "un núcleo de oficiales sectarios, ambiciosos y fanáticos", los mismos que unidos al grupo más combativo de los colonos llevaran al propio general al poder en mayo de 1958.

En octubre del año pasado, cuando ya la política de De Gaulle con respecto a Argelia estaba definida, un coronel le decía a un corresponsal del semanario "L'Express" (de oposición izquierdista):

"Es necesario que ganemos esta guerra, porque es una guerra a la que ningún político ha sabido darle término en los últimos seis años y que ningún político ha querido ganar, De Gaulle no más que los otros. ¿Para que habernos metido en esto, en un comienzo? El Ejército no está hecho para acumular derrotas. ¿Y qué es lo que ha sucedido desde el aplastamiento de la Alemania nazi por los aliados, al que nosotros contribuímos con tan poco? Hemos ido de desastre en desastre.

No podemos admitir una derrota más, no podríamos soportarla. El Ejército quiere su victoria y la tendrá.

Después de señalar que la frustrada insurrección de las barricadas en enero de ese año (1960) había marcado un despertar del instinto de conservación de Francia y de los franceses de Argelia, "que se juegan el pellejo", el anónimo coronel agregó:

"Se habla ahora de una victoria campal, lo que es absurdo y no significa nada. Se puede matar a miles de guerrilleros y no servirá de nada si la población no es ganada para nuestro lado... Hay que batirse en París, pero para tener el cuadro político que permita ganar realmente, en profundidad. ¿Y cómo ganar sin la afirmación de que Francia permanecerá en Argelia?"

En estas declaraciones, auténticas o no, parece estar resumida la parte determinante de los móviles más desinteresados que movieron a actuar a la oficialidad del Ejército francés en Argelia,

sin perjuicio de que tras esos móviles haya habido otros, políticos y económicos, no tan desinteresados. Pero la nación francesa, de acuerdo, por lo demás, con lo mejor de sus tradiciones, ya había terminado por comprender la imposibilidad moral y la inconveniencia práctica de seguir rehusando la independencia a un pueblo en situación de obtenerla.

Circunscrita a Argelia, y aun a una parte de Argelia, cortada de Francia, asfixiada económica, política y militarmente, sin ningún apoyo internacional, "extraviada por temores y mitos", la "odiosa y estúpida aventura de Argelia" (son calificativos de De Gaulle) estaba condenada al fracaso. Menos mal que fracasó antes que un baño de sangre la ahogara y puede suponerse que De Gaulle, que tiene el sentido de la grandeza, explotará su triunfo mejor que Fidel Castro el suyo.

ALEJANDRO MAGNET

LIMITES DE LA SOBERANIA Y DE LA INDEPENDENCIA

La soberanía y la independencia de los Estados no son tampoco de carácter absoluto. Tienen su medida y sus límites en primer lugar en las exigencias del bien común, que cada Estado tiene la misión de procurar a sus súbditos, y en segundo lugar en el respeto al mismo derecho de los otros Estados y en la obligación que todos los miembros de la sociedad internacional tienen de promover el bien general y superior de la comunidad humana.

Mientras se mantenga dentro de estos límites en el ejercicio de su autoridad, con razón rechaza un Estado, en nombre de su independencia, cualquier ingerencia extranjera en su política, tanto interior como exterior. (art. 43)

INTERVENCION EN OTRAS NACIONES

Estos límites se ven frecuentemente transpasados y la historia de las relaciones internacionales ofrece un tejido de intervenciones —en el sentido ordinario de la palabra— cuyo derecho los Estados se arrogan, tanto en los negocios interiores, como en su política exterior respectiva: intervenciones diplomáticas o armadas, abiertas o veladas, individuales o colectivas.

No se puede aventurar el mismo juicio sobre todas estas intervenciones y cada una debe ser apreciada según sus méritos. Frecuentemente son actividades de potencias ambiciosas, deseosas de dominar; otras veces aparecen como una reacción natural contra los abusos que un Estado pretende hacer del derecho de su soberanía.

La intervención no implica necesariamente la guerra. Encierra toda una gama de modalidades: notas diplomáticas, represalias económicas, embargo, bloqueo pacífico, maniobras militares o navales, etc. La guerra es la forma extrema de intervención, a la que nunca es lícito acudir sino cuando los otros procedimientos hayan sido insuficientes y tratándose de un motivo gravísimo.

A falta de una organización internacional jurídicamente constituida capaz de asumir la inspección de los Estados, la intervención estará justificada en los siguientes casos:

a) Cuando un Estado acude a ella para defender sus intereses injustamente violados o amenazados por la política interior o exterior de otra potencia. La intervención no es entonces sino el ejercicio legítimo del derecho de conservación.

b) Cuando tiene por objeto ayudar a una tercera potencia, víctima de una injusta agresión.

c) Cuando se trata de asegurar el respeto de determinadas reglas del derecho de gentes, cuya observancia a todos los miembros de la sociedad internacional grandemente interesa,

d) Cuando, en fin, se lleva a cabo para defender contra la barbarie los derechos y los intereses superiores de la humanidad.

En estos dos últimos casos, como se trata de hacer respetar principios jurídicos o morales de valor universal, es preferible que la intervención se realice por la Sociedad de Naciones organizada, o por sus delegados. (art. 44)

CODIGOS DE MALINAS
CODIGO DE MORAL INTERNACIONAL